



AL KALAA EN NAHAR

Por LUIS ANTONIO DE VEGA



SIENDO mozo conocí a monsieur d'Iriarte, Pierre d'Iriarte, natural y vecino de Bayona, que fué continuador de la obra de embellecimientos urbanos de su casi paisano, pues no era de Bayona, sino de Cambó, la cuna de los pelotaris de sangre más buena: Michel Forestié, cuyo oficio era el de retocador de ciudades.

Nadie como él sabía dónde era necesario colocar un jardín, refrescar un paisaje civil con un estanque o a dar una perspectiva sencilla o grandiosa a una callecita estrecha o a una vía amplia.

Los amigos de d'Iriarte aseguraban que éste era tan buen retocador de ciudades como lo había sido en vida Forestié e incluso que le superaba en lo relacionado con la arquitectura de parques. Se habló de encargarle de la tarea de que terminara de retocar Bilbao, que es villa que difícilmente admite retoques. Se mostraron las elegantes innovaciones que había introducido en los planos de San Juan de Luz, Burdeos y Biarritz.

Sin embargo, monsieur d'Iriarte, pocos años después de que yo le conociese, entró en la oscuridad del anonimato y no volví a hablar de él, en su calidad de retocador de ciudades. En otras, sí. Incluso leí alguno de sus trabajos en revistas editadas en vascuence.

D'Iriarte estaba afligido por una bella manía, bastante frecuente en el

País Vasco, que le hizo desdeñarse la flor, el estanque y el toque de gracia que de él estaban esperando los pueblos, y se entregó, con desahogada pasión, a la etimología.

Pero así como en su profesión de arquitecto de jardinería era sumamente escrupuloso como etimólogo, en lo concerniente a las raíces arábigas fué un tanto descuidado. No conocía el idioma y no se asesoraba bien, porque en tierra vascongada no abundan los buenos arabistas, a pesar de que las mejores gramáticas de principios de siglo fueran escritas por dos vizcaínos: el padre Lerchundi y el padre Sarrionandía.

Si monsieur d'Iriarte hubiera limitado sus trabajos etimológicos al vascuence, sin duda habrían resultado altamente estimables, pero se extendió y cometió, o le hicieron cometer, errores de bulto y confuciones inexplicables para quien tenga conocimientos de árabe.

Uno de ellos, quizá el más destacado, concierne a Alcalá.

Monsieur d'Iriarte había visitado Alcalá de Henares y, en vez de detener su entusiasmo en la Universidad, en la plaza, en los monumentos, en la historia de la ciudad, quiso desentrañar el significado de Alcalá de Henares y cometió el inconcebible error de confundir «alcala» con «alcalá».

Y dijo que Alcalá de Henares se llamaba así porque, seguramente, en tiempos de la dominación árabe, se fabricaban paramentos de camas y cortinajes.

El vocablo *alcala* permaneció incrustado en la lengua española mucho tiempo después de la expulsión de los árabes, no sólo de Alcalá de Henares, sino de toda España.

Es, sencillamente, una palabra caída en desuso, como tantas otras.

Pedro de Alcalá, a quien cultura, apellido y procedencia debieron conducir a una investigación menos ligera que la efectuada por monsieur d'Iriarte, dice del vocablo «alcala», cortina y corredor o paramento de cama.

En árabe literal, no fué *alcala*, sino *alkila*, y Martín, en sus *Diálogos* (77), dice que «en Argelia se entiende todavía, por *alcalas*, las cortinas de una ventana o de una puerta».

En las indagaciones etimológicas de Barcía se lee «que Pedro de Alcalá traduce *Kila* por cielo de cama, cortina, corredor y paramento de cama».

Esta definición de Pedro de Alcalá es la misma que la de Freytag en el vocablo «Al Kila», punto por punto, «velamenturas sutiles».

Velo de tela fina hecho en forma de tienda de campaña, para evitar la molestia de los mosquitos; pabellón mosquitero.

Esto es, cielo de cama, como dice Pedro de Alcalá.

En carta citada por Santa Rosa se advierte que la voz del artículo pasó al bajo latín, según resulta del siguiente texto:

«... di a la señora doña Sancha todas mis *alcalas*, *acitaras* y *colchas*.»
«Regina domine Sancioe dedi omnes *alcalas* meas *acitaras* y *colchias*.»
Obsérvese que también el vocablo

acitaras es de origen arábigo, citado por Ibn Abuta como «gualdrapa bordada de oro y de piedras preciosas», y en el mismo sentido lo utiliza Gonzalo de Berceo en la *Vida de Santa Oria*.

Es posible que en Alcalá de Henares se fabricasen *alcalas*, pero disparatado suponer que ésta pueda ser la etimología del nombre de la ciudad, entre otras cosas porque España está sembrada de «Alcalás», y no en todas se iban a dedicar a la fabricación de pasamentos de cama, y en cambio, en todas hay o hubo un castillo.

* * *

Cierto que el mapa de España está sembrado de Alcalás, en sus dos formas: en la ya castellanizada de Alcalá o en la arábica de Kalaa o Kalat. En las primeras conserva el artículo, y en las segundas no. Veamos la etimología de algunas de estas Alcalás. De otras se ha olvidado el nombre primitivo o no siempre coincide con la nueva denominación.

Se halla el nombre tan enraizado en la toponimia española, que mucho después que abandonaran la Península los moros, se les puso a nuevas villas en geografías lejanísimas, en las islas Filipinas, en la península de Cagayan; y en la isla de Luzón fundaron un Alcalá sin *alcalá*, es decir, sin castillo, reducto o fuerte construido en una altura.

Se confunde, y no hay que confundirlo, el significado de tres palabras árabes: Kalaa (o Kalat), Ksar y Kasbah, porque, aunque se trata de tres construcciones castrenses, son distintas. Kalaa es el castillo o fuerte construido en una altura; Ksar es el alcázar, castillo y residencia, plaza fuerte y Kasbah es la ciudadela.

En la provincia de Cádiz hay dos Alcalás: la de Guadaira, llamada también «de los Panaderos», pero que posiblemente fuera Al Kalaa men Uad Aixa (Alcalá del Río de la Vida), porque panadero, en árabe, es *jobsí*, y Alcalá de los Gazules (Al Kalaa men Gaisuli).

En Sevilla, Alcalá del Río (Al Kalaa men Uad), con la misma significación que Alcalá de Henares, según explicaré después.

En Jaén, Alcalá la Real (Al Kalaa men Malek).

Otras Alcalás son: la del Ebro, que antes se llamó de la Almunia, en Zaragoza; de la Selva, en Teruel; de Chisvert, en Castellón; de Gurrea, en Huesca; del Moncayo.

En los Kalat que hemos dicho que su significado es el mismo que Kalaa, recuerdo Calatañazor (Kalat en Nazur o Castillo del Azor), Calatayud (probablemente Kalat Aiun, Castillo del Manantial, aunque hay quien supone que es Castillo de Ayur), Calahorra (Castillo del grano o silo fortificado), Calamocha, Calatrava...

Entre tantas Alcalás, cuando se dice Alcalá se hace referencia a Alcalá de Henares, por ser la más importante, por su tradición, por su historia, por ser cuna de don Miguel de Cervantes, entre otros hijos esclarecidos y preclaros; por su Obispado, por su Universidad...

Si un señor dice que va a Alcalá, no necesita decir a cuál de las Alcalás se dirige. Se sobrentiende que es a Alcalá de Henares.

Antes dije que Alcalá men Uad, en la provincia de Sevilla, significa lo mismo que el Alcalá de Henares en la provincia de Madrid.

Procuraré aclararlo.

En árabe hay dos palabras que equivalen a la española río. Uad, la más corriente, y Nahar, vocablo erudito.

Uad lo hemos transformado en Guad y hay muchos ríos que llevan este vocablo. Guadarrama (Río de la Piedad), Guadalquivir (Uad el Kebir, Río Grande), Guadiana (Río Oculto), Guadalete (Uad el Leth, Río del Ovido).

Pero Nahar no es desconocido en la toponimia peninsular. Una región entera lleva este nombre: Navarra (Nahara, de la palabra árabe nahar, río, y del artículo *euzkeldune a*, que en vascuence, como en inglés *the*, es único y se coloca siempre detrás del sustantivo; Eche, casa, y Echea, la casa).

Después tenemos Manzanares.

¿Dónde están los manzanos en la zona regada por esta corriente?

En ninguna parte.

Como que Manzanares viene de Manza en Nahar, río de la Mancha, que en árabe no es Mancha, sino Manzra.

Por tanto, creo que la etimología de Alcalá de Henares hay que buscarla en Al Kalaa en Nahar (Alcalá del Río).

A los no versados en lengua arábiga podría sorprenderles que escriba «en Nahar» y no «al Nahar», y podría suponerse que lo hacía por facilitar la interpretación de en Nahar por Henares.

No es así.

«En Nahar» es correcto. Lo incorrecto sería «al Nahar», porque las palabras que comienzan con letra masculina no admiten el artículo «al» y lo transforman anteponiendo los artículos condicionales «en», «es» «ad», según comiencen con «nun», equivalente a la «n» de nuestro alfabeto, y «sin», cuya correspondencia se encuentra en la «s» latina o «dal», que es nuestra «d».

Por eso no se dice ni se escribe «al duar», sino «ad duar»; ni «al nuar» (las flores), sino «an nuar»; ni «al sahel» (la costa), sino «es sahel».

Y por lo tanto, «en nahar», y no «al nahar». De donde se deriva que la expresión correcta es Al Kalaa en Nahar (Alcalá del Río), Alcalá de Henares.

La transformación de En Nahar en Henares, no es un caso excepcional en la toponimia española. Hay muchos ejemplos. El de Ksar o Kasar, convertido en Casares, Cáceres y Alcázares.

No aseguro nada ni este artículo tiene intención polémica. Es posible que haya otra y otras etimológicas. No me aferro a la expuesta.

Es, solamente, una suposición, una hipótesis basada en otros casos parecidos.

Al Kalaa en Nahar: Alcalá de Henares.



DEL corazón al Nordeste de España se extiende una comunidad espiritual polarizada en dos vasos comunicantes de corriente humana que se llama Madrid y San Sebastián. A pesar de la distancia, de la diferencia de clima y latitud, se ha llegado a una penetración tan firme, que parece no existir posibilidad de independencia recíproca. Difícil es imaginar la existencia de San Sebastián si no existiera o no hubiera existi-

do Madrid, y bastante hay de recíproco. Desde luego, la causa eficiente es la estación estival, que transporta a un enorme contingente de personas de esta capital de España, fuente centrífuga, que es igualmente centrípeta en otras épocas del año.

El siglo XIX ató San Sebastián a Madrid, con esa ligadura sutil que la une profundamente. La Regencia verificó esa coyunda cuando María Cristina fijó la ciudad donostiarra como veraneo regio, y allí se fué la Corte, el Gobierno y el cuerpo diplomático. Entonces era la playa de la Concha la que concentraba ese gran Madrid, al que estaba vinculada la política y las artes. Luego, las finanzas también se sumaron. Ese gran madrileño que fué el conde de Romanones prolongaba la imagen curva de su fisonomía en las fotografías de la vida donostiarra en el verano. Apenas puede concebirse Madrid sin Romanones, y llegó a no concebirse a San Sebastián

sin él tampoco. Hay personajes claves en la vida de algunas ciudades, y don Alvaro fué uno de ellos.

La Concha ensanchó, creció en densidad humana, y la antes solitaria playa de Ondarreta se fué poco a poco cubriendo de concurrencia veraniega. Romanones abandonó la Concha y fué a dar vida —vida social, política, intelectual, ya que era frecuente en su contorno oír hablar, por ejemplo, de literatura— a esa Ondarreta recoleta, familiar, por entonces. Hoy Ondarreta reúne al todo Madrid que hubieran registrado las crónicas a lo antiguo. Un donostiarra nos decía orgullosamente: «Nadie que sea importante dejará de pasar por Ondarreta».

Lo cierto es que, cuando los calores estivales se adueñan de la capital de España, es frecuente oír en diversos lugares la cita aplazada para San Sebastián. El «en San Sebastián nos veremos» es un lugar común en las relaciones sociales. Por si fuera poco, también la provincia madrileña cuenta con un San Sebastián serrano, próximo, que se apellida de los Reyes, cual si hubiera querido arrebatarse el título al que era de los Reyes, de verdad. Así se unen más estos dos nombres parejos que se nos hacen inseparables: Madrid-San Sebastián.

La influencia madrileña en la capital de Guipúzcoa es avasallante. Durante el verano se oyen nombrar las calles, los bares, los salones, los distintos lugares madrileños con más frecuencia que en Madrid mismo. «Madrid» se llama uno de los cafés más concurridos de la Avenida, y hasta esa nomenclatura se extiende un poco más allá de la frontera. Años pasados, como fin de veraneo, se celebraba frente al Ayuntamiento una típica verbena madrileña, en que la banda de música, que podía ser de Rentería o de Hernani, por ejemplo, se tocaba con la castiza gorra de visera y tocaba también los más castizos schotis. El año anterior, esa verbena fué suprimida, y ciertamente se echaban de menos los farolillos, los cohetes, los churros y los mantones, que parecían vivir en una página arrancada de Pedro de Répide.

De todas las provincias españolas advienen numerosos contingentes en distintas épocas para dar nota de presencia en la capital; es un hecho consuetudinario, que conocen todos los que se relacionan con el elemento forastero e hinchán la población con ese epígrafe *de hecho* que es el censo flotante, adscrito a las calles más concurridas del Madrid que bulle. Ese Madrid es casi todo forastero; pero sería curioso averiguar el porcentaje proporcional tan elevado que San Sebastián le

suministra. Si la influencia madrileña en Donostia es patente, causa es también de esa ósmosis ininterrumpida que se acentúa en las estaciones de primavera y otoño, la de San Sebastián en Madrid, como la de verano es de Madrid en San Sebastián.

El aeropuerto reciente es una lanzadera que va de un lado para otro de esta geografía y cruza cuatro provincias. Si alguna ciudad necesitaba comunicación aérea con Madrid, ninguna como la del Urumea, aunque los aviones surquen cielo galo antes de tomar tierra en la misma orilla, cabe las aguas españolas y francesas miles de veces simultáneamente en su flujo y reflujo. Existen muchas casas comerciales que llenan el rótulo con una línea complementaria indicadora: «Madrid-San Sebastián», porque saben que a la misma clientela a la que venden durante el año aquí, le venderán en verano allí. Y mucha clientela donostiarra también busca esa inconsciente afinidad a través de la marca comercial.

Una de estas casas era la de la recientemente fallecida Nicolasa. Era algo consustancial con la ciudad del Norte el nombre de esta mujer, que llenó los gustos de casi dos generaciones gastronómicas. En la ciudad del buen comer suponía una institución. En los últimos años ya se viene anunciando también como común a las dos ciudades, de forma que se puede comer un idéntico plato de kokochas en ambas latitudes. Así se compenetra uno y otro carácter por la vía más entrañable, rigurosamente, que es la gástrica. Naturalmente, también los callos a la madrileña se pueden saborear allí en los barrios del comer, que son siempre los viejos, como viejo es el placer de la mesa.

Los modernos medios de transporte hacen ver frecuentemente a una persona allí una mañana y por la noche aquí, o viceversa, y no digamos el estar un día en un sitio y otro en el otro, que es cosa ya sólita, como lo es tomar el aperitivo en Serrano y al día siguiente en la Avenida.

Poca distancia existe entre las dos ciudades en relación con la rapidez de los viajes de hoy. Cuando el ferrocarril Madrid-Burgos sea un hecho que evite el desplazarse a Avila y Valladolid para llegar junto a los Pirineos, la capital de la nación y la de Guipúzcoa estrecharán el nexo familiar, íntimo, que va calando a las fibras más entrañables del madrileño y el donostiarra.

José ALVAREZ ESTEBAN



EL ENTERRAMIENTO DE DON MIGUEL DE CERVANTES

HACE unos días publiqué en *A B C* un cuento, titulado «Don Félix de Montemar en la plaza del Progreso». Tuve la suerte de recibir varias cartas, todas en sentido laudatorio, y entre ellas, una firmada por don Hipólito León Jordán, residente en Madrid, cuyos términos son los siguientes :

«Mi octogenaria, pero saludable y ágil tía, doña Dolores Jordán, que vive *precisamente* en la calle de Luis Vélez de Guevara, 14, segundo, me lo contó.» Eran los días del otoño de 1921. Terminábanse las obras de la ampliación del «Metro»; el trozo Sol-Ventas, que iba a inaugurarse el 26 de diciembre de dicho año.

Uno de los «rubicones» de inevitable trave-

sía para la estación de Ventas, de donde iba a partir en línea recta por la vía que conduce al Puente de Vallecas. En ella encontráronse cacharros, huesos, ornamentos, etc. Objetos en un absoluto abandono y de un descuido muy parecido al desdén. Una de las tardes, al cesar el trabajo, los obreros de un grupo que esperaba la llegada de la furgoneta que había de dejarles en la estación Cuatro Caminos o intermedias de San Bernardo, Bilbao, Ríos Rosas, etc., formaban una especie de reunión de la O. N. U., pues pretendían arreglar el mundo. Cierta obrero, cuyo nombre no dice el señor León Jordán (Hipólito), pero subraya como autora del relato a doña Lola Jordán, llamó a *cónclave* y de repente habló :

—¿Veis aquella lápida que está haciendo el balancín en el borde del andén de enfrente? Pues en ella se lee: «Aquí yacen los restos mortales de don Miguel de Cervantes Saavedra». Eso de Cervantes *me suena*. ¿Le conocíais vosotros?

—Yo, no; pero he oído hablar de él.

Siguió un silencio expectante. Unos sabían que existía un novelista de tal nombre, y otros, una novela que se titulaba el *Quijote*; pero ninguno de aquellos hombres conectaba el apellido del autor y el título de su obra inmortal.

Todos, menos uno, que, en un principio, calló.

La Compañía del Metropolitano utilizaba las plazuelas para sus estaciones, del mismo modo que el Corregidor José Bonaparte los espacios de los conventos para transformarlos en plazuelas.

—Bueno, ¿y qué? —zurció el diálogo alguno.

—Que cuando se le diga al capataz este hallazgo, querrá suspender las obras, vendrá el paro. Vendrán los periodistas y los sabios, vendrán...

—Se trata del primer escritor español.

—¿Cómo del primero?

—Sí, hombre; del mejor.

—¡Ah!

—¿Y cómo dices que se llama?

—Miguel de Cervantes.

—Sí, sí; me suena. Y a la cuenta, ¿quién es ese Cervantes?

—¿Tú has oído hablar del *Quijote*?

—Algo así como el catecismo, ¿no es eso?

—Parecido.

—¿Y yo?... Vamos a juramentarnos para callar y hacerla desaparecer. Aquí lo importante es no perder jornales; la *manduca* es lo primero.

Cogió el pico y la pobre lápida se trocó en «pulvis eris»..., como un ser humano al borde de la huesa.

* * *

La tía Lola, que contó el suceso de que fué testigo su esposo, dueño de un tejár en Valle-

cas (doña Dolores Jordán, calle de Luis Vélez de Guevara, 14, 2.º), y era empleado de Banco (¿de cuál?), recuerda la inscripción de la lápida. Pertenece a un nicho, creyéndose que allí no había más que cuerpos yacentes de frailes mercedarios. No es difícil suponer que las gestiones de Tirso de Molina, mercedario por cierto, dieron por resultado que el primer escritor español hallase tierra tranquila donde reposar de una vida harto incierta, como escribiría Santa Teresa.

Dijo así, como colofón:

—Entonces, rompimos la lápida en pedazos y la tiramos al escombro...

* * *

ENVÍO: *Al Marqués de la Valdavia*.

A mí no se me haría caso. Usted, con su influencia, conseguirá que asunto de tanta trascendencia no quede en el silencio. Yo me ofrezco personalmente para auxiliarle en todo género de andanzas y gestiones; pero si es cierto que está allí la sepultura de Cervantes (un nicho, modestísimo, en la estación del «Metro» de Sol, antiguo cementerio del convento de la Merced, que allí existió), hay que sacar el cuerpo.

Que no nos acusen de incuria.

No hace falta interceptar el paso de trenes, ni las obras irrumpir en el andén. Basta con una cuadrilla de cuatro hombres (por eso es cuadrilla), picar en la pared y sacar el escombro. Operaciones elementales a las que no se opondrá la Compañía del Metropolitano, llamada a dar todo género de facilidades. ¡Ahí es nada! Hallar el último lecho de don Miguel de Cervantes. El que no dará saltos de júbilo es don Luis Astrana Marín. Pero antes que intereses particulares están los del país, cuyo prestigio internacional aumentaría considerablemente.

Y eso es lo que importa.

F. A.

Efemérides Evocativas

Ante el V centenario
de la muerte en Batres
del ilustre moralista,
historiador y poeta,

FERNAN PEREZ DE GUZMAN

CON bien destacada nombradía se presenta en nuestra historia literaria la figura de Fernán Pérez de Guzmán, Señor de Batres, y que para la provincia tiene características de muy precisa determinación al pasar los últimos años de su vida en este simpático pueblo madrileño, retirado del mundo y dedicado a sus excelentes estudios en terrenos de la moral, la historia y la poesía.

De 1378 a 1460 se admite corre la vida del ínclito Señor de Batres, y quien por su ilustre prosapia era descendiente del Canciller Pero López de Ayala, supo también, al igual que su tío, ser fácil y ameno cronista de los cuatro reinados que alcanzó en su dilatada vida (Juan I, Enrique III, Juan II y Enrique IV).



P.

Fué, en efecto, como historiador, la mayor gloria de Fernán Pérez de Guzmán, circunstancia de muy clara realidad en su libro «Mar de Historias», que la divide en tres partes: la primera, «De los emperadores e de sus vidas, e de los príncipes gentiles e católicos»; la segunda, «De los santos e sabios e de sus vidas e de los libros que hicieron», y la tercera, «Generaciones y semblanzas».

Muy influenciadas las dos primeras partes por el estilo del Canciller de Ayala, ha de ser en la tercera parte donde se manifiesta ya con todo vigor la destacada personalidad del Señor de Batres, presentando con gran conocimiento didáctico y una sorprendente amenidad figuras y hechos destacados de sus reinados contemporáneos, sobre todo los de Enrique III y Juan II.

Ilustres compañeros suyos, en lo que se puede llamar corte literaria de Juan II de Castilla, fueron don Enrique de Villena, el marqués de Santillana, Juan de Mena y Gómez Manrique; debiendo también mencionar, aun cuando sólo de pasada, a los famosos satíricos cordobeses Antón de Montoro y Juan Alfonso de Baena. De este último se conservan en su selecto Cancionero las más de las poesías del Señor de Batres.

Pero entre todas las amistades contemporáneas la que más cultivó Guzmán fué la del ínclito Obispo de Burgos, don Alfonso de Cartagena, con el cual, entre varias comunes convergencias, destacaba su inextinguible fervor hacia L. Anneo Séneca, el gigantesco pensador cordobés.

Verdadero consolador era también para el Señor de Batres el ilustre prelado burgalés, que en sus días de tribulación le compuso su famoso «Orational», dedicado expresamente, y cuyo manuscrito original se conserva en la Biblioteca Nacional. (m. 9156).

Siendo el agradecimiento señal de buena crianza, y ya que Pérez de Guzmán tenía clarísima esta cualidad, es natural que al llegar la muerte de don Alfonso de Cartagena en el año de 1456 le dedicara la célebre elegía que comienza:

«Aquel Séneca expiró
a quien yo era Lucilo;
la facundia y alto estilo
de España con él murió;
así que non solo yo,
mas España en triste son
debe plañir su Platón
que en ella resplandeció.

La moral sabiduría,
las leyes y los decretos,
los naturales secretos
de la alta philosophia,
la sacra theologia,
la dulce arte oratoria
toda vivísima historia,
toda sutil poesía.

La Iglesia nuestra madre
hoy perdió un noble pastor;
las religiones un padre,
la fe un grand defensor;
pierden e hayan dolor
los que son estudiosos
y del saber deseosos
un grand interpretador.»

En su juventud fué Fernán Pérez de Guzmán persona destacadísima en la corte de Juan II; pero las rencillas, envidias y constantes sinsabores de tan turbulento reinado afectaron profundamente su españolísimo carácter, que soñaba con una gran nación hispánica y no unos reinos divididos, como lo establece claramente en una de sus poesías al censurar el funesto reparto imperial de Fernando I:

«Son pequeños los estados
Del flaco et menudo imperio:
Reyecillos son llamados,
Que es gran gorja et vituperio.

Pueden poco conquistar,
En breve son conquistados;
Nunca pueden sojuzgar,
E siempre son sojuzgados.

¡Quien falló grandes venados
En pequeño monte e breñal
En agua baxa et pequeña
Non mueven grandes pescados »

Las mezquindades de su tiempo, que él interpretaba conjuntadas en los no muy ejemplares colaboradores del monarca castellano, le obligan a retirarse a su querido señorío de Batres, donde, como ya hemos dicho, pasó los últimos años de su vida dedicado a sus constantes y profundos estudios. Por tan altísimos conceptos tiene este simpático pueblo madrileño de la cuenca del río Guadarrama la moral obligación de, al par que recordar en este V Centenario a la persona que tuvo como su más ilustre Señor, dedicarle un testimonio en pleitesía con el más rendido y filial homenaje.

R. FUENTES GUERRA
De la Real Academia de Córdoba.